

Cuestiones mariológicas en los Comentarios de Barradas

por

AMADEO BARREIRA, S. I.

Sumario. — I. Nota biográfica. --- II. Plan general de la obra. — III. Mariología: 1. María a la luz de la Teología. Resumen.—2. Maternidad divina.—3. Exención del pecado original y actual: a) Culpa original.—b) Concupiscencia.—c) Exención de todo pecado.—4. Plenitud de gracia.—5. Virginidad de María.—6. Muerte de María.—7. Asunción.

I. Nota biográfica

Sebastián Barradas nació en Lisboa en 1543, y murió en Coimbra, en el Colegio de San Antonio, el año 1615. Entró en la Compañía de Jesús, en el Noviciado de San Roque, en Lisboa, el 27 de septiembre de 1558, gobernando el reino D. Juan III y D.^a Catalina.

Enseñó retórica, filosofía y Sagrada Escritura, en el Colegio de Coimbra. Se doctoró en Teología en la Universidad de Evora, donde

enseñó la Sagrada Escritura por muchos años. Fué hombre eminente en ciencia y en virtud. De él escribe el P. Antonio Franco, S. I., historiador de la antigua Compañía en Portugal: "Sobresalió en todas las Facultades que entre nosotros profesamos... es uno de los más excelentes doctores que en aquella Universidad [Evora] fueron maestros... Sus escritos son en todo profundísimos y devotísimos, como es notorio" ¹.

Consérvanse de sus obras los *Commentaria in Concordiam et Historiam evangelicam*, editados en Coimbra el año 1599 y el *Itinerarium Filiorum Israël ex Aegypto in terram repromissionis*, publicado el año 1612, en Amberes. De la primera nos habla el P. Antonio Franco: "Sus libros de la *Concordia* los escribió por obediencia" ². Y Cornelio a Lapide: "excelentes por las observaciones morales, que pueden servir igualmente para meditación y predicaciones" ³. "Sus *Comentarios*, dice Sommervogel, son una mina donde los predicadores de la palabra de Dios, encontrarán los más preciosos tesoros" ⁴. Del *Itinerarium* escribe el P. Miguel de San José, en la *Bibliografía Crítica*: "Es una especie de comentario del Exodo, escrito con elegancia" ⁵.

Del P. Barradas son también *Epigrammata latina habita ad Cardinalem Alexandrinum in Academia Eboresi, Anno 1571* ⁶.

Barradas fué también notable como predicador. Poseía voz clara y penetrante, y con sus palabras conmovía notablemente a los oyentes. Le llamaban el *Apóstol* o el *Pablo* de Portugal. Cuéntanos el P. Antonio Franco que en la Cuaresma, después de oír los sermones de Barradas eran tantos los estudiantes que pretendían entrar en religión, que el guardián de los Capuchinos en Coimbra vino a decir al rector del Colegio que, o

1 FRANCO, A., S. I., *Ano Santo da Companhia de Jesus em Portugal*, Porto, 1930, p. 200.

2 *Op. cit.*, p. 202.

3 "Il excelle dans les observations morales qui peuvent servir également à la méditation et aux prédications", (CORNELIO A LAPIDE, citado por SOMMERVOGEL, C., s. v. *Barradas*: *DictBibl* I, 1467).

4 "...ses commentaires sont en effect une mine ou ceux qui sont chargés d'expliquer la parole de Dieu peuvent trouver les plus précieux trésors": (SOMMERVOGEL, C., s. v. *Barradas*: *DictBibl* I, 1467).

5 "Ce dernier ouvrage [*Itinerarium filiorum Israël ex Aegypto in terram repromissionis*] dit le P. Michel de Saint-Joseph dans sa *Bibliographie Critique*, est une sorte de commentaire de l'Exode, écrit avec élégance". (SOMMERVOGEL, C., s. v. *Barradas*: *DictBibl* I, 1468).

6 *Catal. dos MSS. d' Evora*, 2, p. 49. (SOMMERVOGEL, C., S. I., *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, s. v. BARRADAS, S., t. I, p. 914).

admitiese en la Compañía todos los que pretendían ser religiosos, o no enviase a predicar al P. Barradas ⁷.

Su santidad no era menor que su ciencia. El P. Antonio Franco nos dejó de ella un precioso documento en su obra *Imagen de la Virtud en el Colegio de Coimbra*. Y en el *Ano Santo da Companhia...*, que es un resumen, le dedica cuatro páginas donde dice: "sus virtudes y santidad fueron extraordinarias". El P. Francisco Suárez no le conocía por otro nombre que por el de "viejo santo", y tenía de él grande admiración tanto por su virtud como por su ciencia ⁸.

Barradas era devotísimo de la Virgen y, cuando hablaba de sus excelencias, todo se llenaba de alegría y placer. Esta su devoción aún hoy se ve en el primer tomo de sus obras, donde trata con grande erudición cuestiones relativas a la Madre de Dios.

II. Plan general de la obra

Los libros de la *Concordia* de Barradas, como decían nuestros mayores, son cuatro grandes volúmenes en folio, divididos en diez libros y seguidos de dos índices muy buenos: un *Index rerum* completísimo, y otro de lugares de la Sagrada Escritura también muy detallado.

En el primer tomo trata casi solamente de asuntos preliminares. Desarrolla la noción de Testamento en general y las prerrogativas del Nuevo Testamento.

Habla de los Evangelios en general y, en particular, de los cuatro Evangelistas, del advenimiento del Mesías, de la ceguera de los judíos, de los enigmas de la Escritura, de los últimos tiempos del Mesías, del templo y ciudad que Él edificará, de la conversión de los judíos antes del fin del mundo, del reino temporal de éstos y su dispersión, del reino de Cristo, de las guerras, de la esposa e hijos de Jesús, de la divinidad del Mesías, de la venida de Elías, de la abrogación de la Ley antigua, etc. Confirma la venida del Mesías con argumentos de la Sagrada Escritura y pruebas de razón. Trata la generación eterna y temporal de

⁷ FRANCO, A., S. I., *Ano Santo da Companhia de Jesus em Portugal*, p. 202.

⁸ *Op. cit.*, p. 203.

Cristo, de su genealogía y de los Reyes y demás progenitores de Jesús, del triple estado del pueblo israelítico y su historia.

El libro sexto lo dedica todo a la Virgen Santísima. Finalmente, en el séptimo empieza el comentario a la historia evangélica, según los cuatro evangelistas hasta el episodio de Jesús entre los doctores.

En el segundo tomo, cuenta y comenta la vida pública de Cristo, desde el año 30 hasta el noveno mes del año 33.

En el tercer tomo, sigue el mismo asunto y llega, hasta el tercer mes del año 34, fiesta de los Tabernáculos o Cenopegia.

Por último, en el cuarto tomo prosigue la misma materia hasta la Ascensión, Venida del Espíritu Santo y predicación de los Apóstoles, terminando con un breve pero denso tratado sobre la Santísima Trinidad.

El *Itinerarium Filiorum Israel...* es también un grueso volumen dividido en diez libros. Posee cuatro índices utilísimos: uno de capítulos; otro, de lugares de la Escritura; un tercero, de asuntos de predicación; y finalmente, un cuarto de las materias más importantes. Es una especie de comentario erudito del libro del Exodo.

III. Mariología

1. María a la luz de la Teología. Resumen

El Dr. Sebastián Barradas como devoto de María dedica un libro entero del primer tomo de sus obras a cuestiones relativas a la Madre de Dios, y como eminente teólogo no deja de enfocarlas a la luz de los principios teológicos. Por lo tanto, María aparece en los comentarios de Barradas como una criatura singular, como un mundo aparte, como un ser privilegiado, desde el primer instante de su existencia.

Todas las demás criaturas tienen una misión particular, dentro del espacio y del tiempo. María, al contrario, aparece con una misión universal tan amplia que toca el infinito, ya que es Madre del ser infinito, Dios.

Los demás hombres son concebidos en pecado, nacen en enemistad

con Dios. María es concebida sin mancha, hija predilecta del Altísimo, llena de gracia, desde el primer instante de su existencia.

A causa de la culpa original todos los seres humanos sienten la lucha entre la carne y el espíritu, sienten la rebeldía de sus apetitos o concupiscencias. María, al contrario, posee perfecto dominio de sus pasiones, perfecta calma, paz y serenidad de cuerpo y espíritu.

Todos los pobres mortales, aun después de regenerados, quedan sujetos a la posibilidad de perder un día la gracia por el pecado mortal, o por lo menos a cometer culpas e imperfecciones. María está confirmada en gracia y jamás cometerá el más mínimo pecado, como exige la dignidad de Madre de Dios.

Las demás criaturas viven dispersas por las bellezas y placeres de este mundo. María, al contrario, nos aparece toda sumergida en las profundidades de Dios, su vida es un perenne *magnificat* en loor de su Creador y Señor.

En el último instante de su existencia las otras criaturas vuelven con sus cuerpos a la tierra, y, como eran polvo, en polvo se convierten. No así María. Después de la muerte, sube al cielo en cuerpo y alma, para gozar inmediatamente, también con su purísimo cuerpo, de la presencia dulcísima de Dios, que es carne de su carne.

2. Maternidad divina

Desde toda la eternidad Nuestra Señora fué predestinada para la suma dignidad de Madre del Mesías. Dios la amó con amor de predilección y la trajo *ab aeterno* en su divino entendimiento, adornada de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo. Por eso, aun antes de haber nacido la Virgen, su belleza quedó pintada por el mismo Dios en el Cantar de los Cantares "Tota pulchra es, amica mea" ⁹. Y esta idea y bellísimo ejemplar que desde toda la eternidad estuvo presente en la mente divina, se realizó un día en el tiempo y María llegó a ser realmente Madre de Dios ¹⁰.

María es Madre de Dios, no por haber engendrado la divinidad (sería locura decirlo), sino porque engendró a Cristo que no es solamente hombre, sino también Dios, y ya lo era en el primer momento en que fué concebido. Por eso María es verdaderamente *theotokos*. Podría lla-

⁹ Cant. I, 14.

¹⁰ BARRADAS, S., S. I., *Commentaria in Concordiam et Historiam Evangelicam*, I, 6, Moguntiae 1610, t. I, p. 267, col. 2, a-c.

marse Madre de Dios, por haber engendrado a un hombre que después se hizo Dios, del mismo modo que se llama madre de un presbítero o de un obispo a la que engendró a un hombre que después fué obispo o presbítero. Decir esto, sería herejía. María no es *theotokos* de este modo, sino porque engendró a una única persona, que es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre ¹¹.

La maternidad divina exige en María la gracia y la gloria más elevadas, pues, como dice Santo Tomás: "unicuique a Deo datur gratia secundum hoc ad quod eligitur" ¹². María fué elegida Madre de Dios, y este título admirable exige también dones admirables ¹³. Por eso, el título de Madre de Dios es el principio del cual se deducen con toda lógica los grandes privilegios de María. De aquí se infieren la suma santidad, la virginidad más pura, la gracia eximia, la excelsa gloria y las demás excelencias de Nuestra Señora. De aquí concluye San Bernardo que todos los dones de los demás Santos se encuentran reunidos en María, y San Anselmo que, después de la pureza de Dios, no se puede comprender pureza más elevada que la de la Virgen; y los demás teólogos deducen las más variadas prerrogativas de la Madre de Dios ¹⁴.

Barradas, fundado en los escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, también deduce de la divina maternidad los privilegios más singulares. Enumeremos algunos.

Nuestra Señora tuvo una madre estéril, para nacer, como convenía a su divino Hijo, no de la concupiscencia de la carne, sino milagrosamente, de la gracia divina. La Virgen Santísima es fruto de continuas súplicas y oraciones, fué engendrada en suma castidad por Santa Ana y San Joaquín, como hubieran sido engendrados los hijos de nuestros primeros padres en el paraíso terrestre, si no hubieran pecado.

La concepción de la Madre de Dios fué anunciada por un ángel, como lo fueron las de Sansón, Isaac y el Bautista. Y es muy probable que la Santísima Virgen gozara siempre del uso de la razón, y que, por consiguiente, le fué éste concedido en el mismo instante de su concepción, para que, como Madre de Dios, no fuera en esto inferior a los

11 *Op. cit.*, t. I, p. 259, col. 2, e; p. 260, col. 1, a-c.

12 THOMAS AQUINAS (S), *Summa Theologica*, 3 p., q. 27, a. 5, ad 1.

13 BARRADAS, S., *Commentaria in Concordiam...*, t. I, p. 259, col. 1, c. e; eol. 2, a.

14 *Op. cit.*, t. I, p. 257, col. 2, c; p. 258, col. 1, a. b.

ángeles, que en el momento mismo en que fueron creados empezaron a usar de su inteligencia ¹⁵.

María no ha contraído el pecado original, jamás hubo en Ella el *fomes peccati* o concupiscencia, y fué confirmada en gracia en el vientre de su madre ¹⁶.

Desde el primer momento de su concepción tuvo también María el don de la contemplación, empezó a recrearse en la suma bondad y majestad de Dios, amándole y dándole gracias. Para Ella lo mismo fué empezar a existir y empezar a contemplar y a amar, pues el uso de la razón, la fe, la gracia y las demás virtudes no podían estar en Ella ociosas ¹⁷. Abrasada de amor en esta contemplación, escogió desde el principio a Dios como a único esposo, y en ese mismo momento hizo voto de perpetua virginidad ¹⁸.

Por último, fué probablemente creada en justicia original, pues tuvo siempre sus apetitos perfectamente subordinados a la razón, y su inteligencia, obedientísima a Dios, con la concupiscencia extinguida en todas sus potencias. Si no poseyó los demás dones que pertenecen al estado de justicia original, como la exención del dolor, de la fatiga, del hambre, de la sed, la impasibilidad e inmortalidad, ha sido para que no perdiera una fuente preciosa de méritos ¹⁹.

Adornada así con todos los privilegios de la gracia, es realmente la única madre digna de Dios. Y este título encierra una dignidad infinita, como dice Santo Tomás: "Beata Virgo ex eo quod est Mater Dei, habet quandam dignitatem infinitam ex bono infinito quod est Deus"²⁰. Así como la humanidad en sumo grado es la humanidad de Cristo y el bien sumo es la bienaventuranza, así también la Madre más excelsa es la Madre de Cristo. Dios podía haber hecho el mundo y el Cielo mucho más grandes; pero no podía hacer más grande a su Madre. ¿Por qué? No porque Dios haya agotado su potencia de dar dones mayores de naturaleza y de gracia, pues la potencia divina es inagotable, sino

15 *Op. cit.*, t. 1, p. 261, col. 1, c; col. 2, b. e; p. 262, col. 2, b. d; p. 266, col. 1, c.

16 *Op. cit.*, t. 1, p. 262, col. 2, c; p. 264, col. 2, a; p. 265, col. 1, c.

17 *Op. cit.*, t. 1, p. 265, col. 1, e.

18 *Op. cit.*, t. 1, p. 266, col. 1, e.

19 *Op. cit.*, t. 1, p. 266, col. 1, b.

20 THOMAS AQUINAS (S), *Summa Theologica*, 1 p., q. 25, a. 6, ad 4.

porque no podía hacer a mujer alguna que fuera madre de un hijo más grande ²¹.

Y ¿cómo consiguió la Virgen la excelsa dignidad de Madre de Dios? De otro modo: ¿por qué escogió Dios a María para Madre suya?

Responde Barradas: "Nec enim mihi persuadeo Virginem si homo in peccatum non incurrisset, Matris Dei dignitatem fuisse consecuturam". El Señor, pues, escogió a María para Madre suya por causa de nuestros pecados. Y cuando decimos por causa, no entendemos causalidad meritoria, sino causalidad final. Con otras palabras: Nosotros no hemos merecido que Nuestra Señora haya sido elegida Madre de Dios, sino que Ella fué escogida para eso, para que fuéramos salvados ²².

3. Exención del pecado original y actual

a. Culpa original

La Concepción Inmaculada es para Barradas una verdad establecida acerca de la cual ni siquiera admite discusión: "qui de hac re disputationem desiderat, scholasticos doctores legat. De vulgata quaestione disputare non est animus".

La razón fundamental que le mueve a admitir el privilegio de la Inmaculada es la divina maternidad. Argumenta así: La Virgen es Madre de Dios. Todos los privilegios que caen bien en la Madre de Dios, y que gozan del favor de la Iglesia, se los debemos atribuir. Es así que éste cae bien en la Madre de Dios y tiene el favor de la Iglesia. Por tanto, se lo debemos atribuir.

Y esta argumentación para él es decisiva: "mihi haec ratio satis est" ²³.

Fundado también en la divina maternidad, nos presenta otro argumento, que podríamos llamar de *finalidad*. Dice: Cual es el fin, tales deben ser los medios. El fin para el cual fué elegida Nuestra Señora es supremo e inaudito. Por tanto no es de admirar que haya en Ella medios inauditos, extraordinarios, como lo es la exención del pecado original.

²¹ BARRADAS, S., *Commentaria in Concordiam...* t. 1, p. 259, col. 1, e; col. 2, a; p. 260, col. 2, c.

²² *Op. cit.*, t. 1, p. 266, col. 2, e; p. 267, col. 1, a.

²³ *Op. cit.*, t. 1, p. 263, col. 2, d.

Y como razones de conveniencia añade: Convenía que hubiera alguna criatura que obtuviera por los méritos de Jesucristo una inocencia perfecta y que, por tanto fuera libre de todo pecado, aun del original. Sin duda fué la Madre de Dios esta criatura, como lo estaba reclamando el buen orden, pues Jesucristo fué libre del pecado original en causa y efecto; los demás hombres fueron manchados por él en causa y efecto, y la Virgen lo ha tenido en causa, pero fué preservada de él en efecto. La Virgen tuvo el pecado en causa, porque era hija de Adán, y, según la ley general, debía contraerlo; y fué exenta de él en efecto, porque la gracia de Dios la adornó en el mismo instante en que debió contraerlo.

Otra razón la infiere Barradas de la virginidad e incorrupción corporal. Procede así en su prueba: Dios con un gran milagro ha querido que el cuerpo de la Virgen quedara intacto en el parto e incorrupto en la muerte. Ahora bien, el que tan gran cuidado ha tenido del cuerpo de María, no dejará de tenerlo respecto de su alma, alejando de Ella el deshonor de la corrupción del pecado, que es mayor ²⁴.

Finalmente dirige nuestra atención al honor de la Virgen. San Juan Bautista fué santificado después de concebido. Si queremos que María sea en esto más excelsa que el Bautista, hay que decir que fué santificada en el primer instante de su concepción. San Juan fué concebido en pecado original, pero le fué perdonado en el vientre de su madre. Si la Madre de Dios hubiera contraído también este pecado, y le hubiera sido perdonado del mismo modo, ¿en qué se distinguiría Ella de San Juan Bautista? ²⁵.

b. Concupiscencia

La Virgen no solamente no ha contraído el pecado original, sino que fué exenta de la concupiscencia o *fomes peccati*. No estaba bien que en la Casa de Dios habitara huesped tan inmundo, ni que la que había de dar a luz a la Salvación del mundo, fuese afectada por tan horrible enfermedad. No convenía que la ley de la carne tuviera el más mínimo imperio en la que había de producir al Santísimo Cuerpo de Cristo, ni era justo que ese tirano tuviera derecho o pudiera exigir algún tributo a la tierra sacerdotal, Madre del Gran Rey y Sumo Sacerdote Jesús.

Pero ¿cuándo se extinguió en la Virgen la ley de la concupiscencia? Ricardo de San Victor y Santo Tomás piensan que sólo cuando conci-

²⁴ *Op. cit.*, t. 1, p. 263, col. 2, d. e.

²⁵ *Op. cit.*, t. 1, p. 264, col. 1, a, b.

bió a Jesús. Pero convenía a la dignidad de la Madre de Dios, añade Barradas, que la concupiscencia fuese apagada en el primer instante de su concepción ²⁶.

c. Exención de todo pecado

Exenta de la concupiscencia, fué por eso la Virgen adornada de la gracia en el primer momento de su concepción, y confirmada en ella para siempre. "Induta est Esther regalibus vestibus" ^{26 bis}. Los vestidos reales de la Santísima Virgen son la gracia, las virtudes y los dones del Espíritu Santo; y los vistió la Reina de tal modo que jamás se los quitó o los manchó con el polvo de la culpa ²⁷.

Nuestra Señora no cometió nunca la más leve falta. No tener pecado ninguno es propio de Dios, como dice San Gregorio Nacianceno. Pero esto, que es sólo propio de Dios por naturaleza, lo tuvo María por don especial divino ²⁸. Y por eso todos sus pensamientos, palabras y acciones estuvieron siempre conformes con la voluntad de Dios. De tal modo observó la ley divina que jamás la quebrantó en lo más mínimo, venciendo así las fuerzas de la frágil naturaleza humana. Y en esto superó con mucho a los ángeles, pues teniendo que vivir en este mundo inmundo, ni la más pequeña mancha la contaminó. Los ángeles consiguen su pureza en el cielo por la bienaventuranza. Ella la consiguió en la tierra por la gracia. Con toda razón podemos llamarla "Madre del amor hermoso", puesto que amó a Dios con amor hermoso, a los ángeles, a los hombres, a ella misma y a todas las cosas, y de ese amor no sacó nada inmundo para Ella, sino al contrario, mucho mérito y mucha hermosura ²⁹.

4. Plenitud de gracia

María tuvo la plenitud de la gracia. Fué una luna que nunca perdió su plenitud; fué un mar en el que entraron todos los ríos.

Pero ¿de qué gracia estuvo llena Nuestra Señora? La "gratia plena" ³⁰ debe entenderse de la gracia santificante que nos hace agradables a Dios y que trae consigo el conjunto de todas las virtudes. Así lo in-

²⁶ *Op. cit.*, t. 1, p. 264, col. 2, c-e; p. 265, col. 1, b.

^{26 bis} Est 5, 1.

²⁷ *Op. cit.*, t. 1, p. 265, col. 1, c.

²⁸ *Op. cit.*, t. 1, p. 271, col. 2, e; p. 272, col. 1, a.

²⁹ *Op. cit.*, t. 1, p. 272, col. 2, d; p. 271, col. 2, e; p. 480, col. 1, c-e.

³⁰ Lc 1, 25

dica el participio griego que quiere decir "gratificata", y lo demuestran las palabras que siguen: "invenisti gratiam apud Deum" ³¹. Hallar gracia es lo mismo que agradar. Noé halló gracia delante de Dios, es decir, le agradó. José encontró gracia delante de su señor, esto es, se le hizo simpático, etc. ³².

La gracia de la Madre de Dios supera a la de todos los santos y santas juntos. Que es mayor que la de todos ellos, considerados *individualmente*, es sentencia común. Así lo afirman, por ejemplo, San Pedro Damiano, San Lorenzo Justiniano, San Andrés Cretense, San Anselmo y muchos otros.

Pero ¿habrá superado la gracia de María a la de todos los santos tomados *colectivamente*? El Abulense en su *Prologus Evangeliorum* lo niega, movido de que Nuestra Señora es parte de la Iglesia. Dios amó más a la Iglesia, dice, que a su propia Madre, ya que se hizo hombre para redimir a la Iglesia, y todos los privilegios que concedió a su Madre, se los concedió por causa de la Iglesia; ni Ella sería Madre de Dios, si no fuera por nosotros. Barradas resuelve la dificultad y se inclina a la *opinión contraria*.

Para confirmar su sentencia, presenta varias razones, que, si no prueban la necesidad, muestran al menos la conveniencia. Veamos algunas:

Debemos considerar a Nuestra Señora en todo semejante a su divino Hijo, en cuanto sea posible. La gracia de Jesús superó a la de todos los santos y santas juntos. Por tanto, también la de María la debe superar. Lo cual no quiere decir que la gracia de Ella no haya sido inferior a la de Cristo. Ni es de admirar que la excelsa dignidad de Madre de Dios exija tal cantidad de gracia. Conviene asimismo, añade Barradas, que la riqueza de la Reina sea mayor que la de todos los súbditos juntos. Y, si el Cielo es tan grande por contener todos los demás cuerpos, ¿por qué no ha de poder la gracia de María contener la de todos los ángeles y santos? Nuestra Señora que trajo en su seno a la fuente de todas las gracias, no dejaría de sacar de aquí la plenitud de gracia. Y, si la dignidad de Madre de Dios supera las dignidades de todos los ángeles y santos juntos, ¿por qué no ha de ser también mayor su gracia? Así como los grados de poder espiritual de los diáconos, sacerdotes, abades y obispos se encuentran todos en el Sumo Pon-

³¹ Lc 1, 30

³² *Op. cit.*, t. 1, p. 325, col. 1, d; col. 2, d; p. 328, col. 1, e.

tífica, así también los grados de gracia que se hallan en todos los ángeles y hombres, están reunidos en María.

Finalmente, muestra Barradas cómo esta sentencia está fundada en la Sagrada Escritura y cómo la siguen los Santos Anselmo, Epifanio, Buenaventura, Juan Damasceno, Bernardo, Basilio, Bernardino; también trae el testimonio de Dionisio el Cartujano ³³.

5. Virginidad de María

Barradas nos presenta a la Madre de Dios ligada con voto de virginidad, ya desde el momento de su concepción ³⁴. Al tratar de la Salutación angélica, nos dice lo mismo, y da la razón: "Si non vovisset virumque posset cognoscere, nulla erat causa interrogandi: quomodo fiet istud? Pues, si no hubiera estado ligada con voto, hubiera juzgado que el Hijo de Dios iba a nacer de su Esposo de modo natural. Tampoco había razón para responderle que no conocía varón, una vez que ya tenía esposo ³⁵.

Más adelante se propone nuestro autor la cuestión de si sería la Madre de Dios la primera criatura que conservó la virginidad y la confirmó con voto. Y responde afirmativamente.

Aduce en favor de esto las autoridades de San Bernardo, Beda San Alberto Magno, San Antonino, San Buenaventura, Ruperto Cantor, Viguero, el Abulense ³⁶, y lo confirma con varios pasajes bíblicos, donde se muestra que en el Antiguo Testamento todas las mujeres querían ser madres, y se consideraban dichosas y agradables a Dios por tener una posteridad numerosa. Con todo admite la hipótesis de que en el Antiguo Testamento hubiera mujeres y sobre todo hombres, que hubiesen guardado virginidad ³⁷.

María fué siempre virgen: antes del parto, en el parto, y después del parto. Y este título lo conservará siempre en la Iglesia, por más que protesten los innovadores herejes que pretenden perturbarlo y cambiarlo todo ³⁸.

33 *Op. cit.*, t. I, p. 291, col. 1, c-e; col. 2, c-e; p. 292, col. 1, a-e.

34 *Op. cit.*, t. I, p. 266, col. 1, e.

35 *Op. cit.*, t. I, p. 329, col. 2, a.

36 *Op. cit.*, t. I, p. 329, col. 2, d-e.

37 *Op. cit.*, t. I, p. 330, col. 1, b, e; col. 2, a.

38 *Op. cit.*, t. I, p. 384, col. 1, e.

Y ¿por qué quiso Cristo nacer de una Madre Virgen? Primeramente porque tal concepción y natiuidad convenía a Dios, como piensan San Ignacio de Antioquía, Teodoto de Ancira, San Bernardo, San León y San Juan Crisóstomo. Además, porque Aquél que había de ser el ejemplar de todos los vírgenes, no podía permitir que no se conservase la virginidad de su Madre. En tercer lugar, porque convenía que Aquél que nos ha de dar el don de la incorruptibilidad, fuese concebido y dado a luz sin corrupción de su Madre. Cuarta razón: fué Cristo concebido de una virgen a fin de que, en virtud de esta concepción, se viese que no contrajo el pecado original, puesto que la manera vulgar de ser concebido trae consigo este pecado.

Finalmente, quiso Cristo que su Madre fuese siempre virgen para proponerla a todos como ejemplo de virginidad y castidad ³⁹.

6. Muerte de María

Nuestra Señora, después de la muerte de su divino Hijo, no le acompañó a los Cielos, sino que quedó algún tiempo sobre la tierra. Como explicación de este hecho Barrañas nos presenta dos razones.

Cristo Nuestro Señor quiso ir a prepararle un lugar en su reino, para venir después a recibirla con toda la Corte Celestial, como convenía a la Madre de Dios. La segunda razón fué para que Ella pudiese ayudar y enseñar a los Apóstoles y a los primeros cristianos, ya que había comprendido mejor que ellos las verdades de la fe, y conocía muchas cosas relativas a Jesús, no solamente por ciencia, sino también por experiencia ⁴⁰.

Al llegar el momento de partir para el Cielo, vino un ángel a darle la noticia, y su Hijo bajó a recibirla, acompañado de toda la Corte Celestial. Y la Virgen entregó con gran alegría su alma en manos de Jesús que la estaba esperando ⁴¹.

La muerte de María no fué como la de los demás hombres. Murió, porque era hija de Adán, pero su muerte fué digna de la Madre de Dios. Metafrastes y Nicéforo nos dicen que esta muerte fué anunciada.

39 *Op. cit.*, t. I, p. 336, col. 2, d, e; p. 337, col. I, a-c.

40 *Op. cit.*, t. I, p. 293, col. I, d.

41 *Op. cit.*, t. I, p. 293, col. 2, e; p. 294, col. I, a.

por un ángel que traía una palma en la mano. San Juan Damasceno afirma que María no sintió entonces dolor y que Nuestro Señor Jesucristo, acompañado de los ejércitos celestiales, vino a recibir solemnemente el alma de su Madre. San Alberto Magno y Dionisio Cartujano nos aseguran que la muerte de la Virgen no fué precedida de enfermedad ninguna: fué obra del amor.

Antes de morir Nuestra Señora, se juntaron por ordenación divina todos los Apóstoles vivos en casa de María para asistir a sus últimos momentos, según nos informan los escritos de San Juan Damasceno, Nicéforo y Juvenal.

La muerte de la Virgen fué acompañada de muchos milagros. Los ciegos vieron, los cojos echaron a andar, los sordos oyeron, los pecadores se convirtieron.

Las exequias fueron de reina. Su cuerpo fué embalsamado por manos de los Apóstoles, y por ellos conducido al sepulcro y depositado solemnemente por el Sumo Pontífice Pedro, acollitado por los demás príncipes de la Iglesia y varones ilustres ⁴².

Por último, aquel cuerpo no sufrió la menor corrupción y sólo estuvo tres días bajo el dominio de la muerte ⁴³.

7. Asunción

Quedó el cuerpo de María en el sepulcro, privado de toda sensibilidad, sin señales de vida hasta que, al empezar el tercer día, Jesucristo, en cuyas manos está todo el poder sobre la vida y la muerte, vino a restituirle la vida, adornándola con los dones de la inmortalidad, sutileza y agilidad y revistiéndola de admirable resplandor.

Entonces el espíritu de la Madre de Dios animó de nuevo aquel cuerpo yacente, y de pronto resucita María, la Reina del Universo, más brillante que el Sol, más veloz que el águila, más hermosa que la misma hermosura. Levantándose de la tierra, acompañada de toda la Corte Celestial, subió al Cielo para ocupar un trono a la diestra de su divino Hijo ⁴⁴.

El modo de la ascensión lo describe así Barradas:

La Madre de Dios subió a los Cielos, según sabemos por la Sagrada

42 *Op. cit.*, t. I, p. 294, col. 1, c-e; col. 2, e; p. 295, col. 1, d; col. 2, b, d.

43 *Op. cit.*, t. I, p. 296, col. 1, b.

44 *Op. cit.*, t. I, p. 297, col. 2, c.

Escritura “deliciis affluens”⁴⁵ y “innixa super dilectum suum”⁴⁶; bañada en delicias, porque en la asunción tenía ya la visión clara de Dios, y gozaba de su presencia, e iba sumergida en aquel mar de gozo y felicidad; apoyada en su Amado, porque subió al Cielo por los méritos de Cristo.

Fué elevada al Paraíso, sostenida por dos bellísimas doncellas, Marta y María, pues la vida activa de aquélla y la contemplativa de ésta, las habían levantado a tan gran gloria⁴⁷.

Y ahora, está María en el Cielo, como Reina del Universo, revestida del Sol que nace sobre los buenos y sobre los malos, y su corona de estrellas derrama sobre la tierra benéfico influjo. Ella es el común propiciatorio del mundo, la abogada poderosa a quien todos podemos acudir con confianza, la Mediadora por cuyas manos llegan hasta Dios nuestras buenas acciones⁴⁸.

45 Cant 8, 5

46 *ibid.*

47 *Op. cit.*, t. 1, p. 298, col. 2, c-e.

48 *Op. cit.*, t. 1, p. 300, col. 2, e.

